

## **Contratransferencia:**

## **Una perspectiva desde Latinoamérica<sup>1</sup>**

*Beatriz de León de Bernardi<sup>2</sup>*

### **Resumen**

Las ideas acerca de la contratransferencia de H. Racker y de W. y M. Baranger constituyen una contribución importante al desarrollo de este concepto. Para Racker la contratransferencia constituye un aspecto fundamental para comprender los procesos de cambio en el análisis y un camino de avance para la teorización psicoanalítica. Distingue la contratransferencia concordante y la complementaria, señalando la diferente significación clínica de cada una de estas modalidades. M. y W. Baranger, abordan con una perspectiva intersubjetiva el fenómeno transferencial-contratransferencial, desde una concepción amplia de la situación analítica como campo dinámico. Jerarquizan el papel de las fantasías inconscientes compartidas por analista y paciente y en especial aquellas que muestran un carácter resistencial compartido, como ocurre en el fenómeno del “baluarte”. La autora estudia el diálogo que estos tres autores establecieron con las influencias teóricas dominantes en ese entonces en el Río de la Plata. En el caso de Racker la confrontación se dio con el pensamiento de Freud y Klein, mientras en el de M. y W. Baranger se suma la influencia de las ideas de Lacan, con las cuales estos autores marcan coincidencias y discrepancias. El estudio del aporte de Latinoamérica al tema de la contratransferencia permite a su vez reflexionar sobre el modo en el que las ideas autóctonas se relacionan con los fenómenos de recepción y procesamiento de distintos marcos teóricos y técnicos.

---

<sup>1</sup>. Esta es una versión abreviada de un artículo publicado en el *International Journal of Psychoanalysis* (vol. 81, Part 2, abril 2000). Forma parte de una serie de trabajos sobre el tema de la contratransferencia (en una sección sobre educación editada por Robert Michels, con la asistencia de Claudio Eizirik, Alain Gibeault y Richard Rusbridger). El primero, de Th. Jacobs, y el segundo, de Hinshelwood trataron el tema en Estados Unidos y Europa, respectivamente. En el presente artículo incluyo la perspectiva latinoamericana. Estos artículos sobre contratransferencia, junto con otros sobre diversos temas, buscan presentar distintas perspectivas sobre un determinado concepto, y mostrar de qué manera éste es comprendido desde diferentes culturas psicoanalíticas.

<sup>2</sup>. Miembro Titular de APU. S. Vázquez 1140, 11300 Montevideo.  
Tel: 709 2382. bernardi@mednet.org.uy

## **Abstract**

H. Racker's and W. and M. Baranger's ideas about counter-transference are an important contribution to the development of such concept. For Racker, countertransference is an essential aspect in the comprehension of the processes of change in the analysis, and a course of advance for psychoanalytic theory. He makes a distinction between concordant and complementary countertransference, remarking the different clinical significance of each one of these modalities. M. and W. Baranger, approach the transferential-countertransferential phenomenon from an intersubjective perspective, with a wide conception of the analytic situation as a dynamic field. They underline the role played by the unconscious fantasies shared by analyst and patient, particularly those that show a shared resistential nature, as it happens with the 'bulwark' (baluarte). The author of this paper analyses the dialogue that these three authors had with the dominant theoretical influences of their time in the River Plate. In Racker's case, the confrontation was with the thoughts of Freud and Klein. In the case of M. and W. Baranger, in addition came the influence of Lacan's ideas, with which the authors showed coincidences and disagreements. The study of Latin American contributions to the topic of countertransference enables the reflection about the ways in which the regional ideas relate with phenomena of reception and processing of various theoretic and technical frameworks.

**Descriptores: CONTRATRANSFERENCIA / BALUARTE / PUNTO DE URGENCIA / INTERSUBJETIVIDAD / RESEÑA CONCEPTUAL**

Estudiaré en este trabajo la noción de contratransferencia en el pensamiento de Heinrich Racker, Madeleine y Willy Baranger. Tanto Racker como M. y W. Baranger plantearon, entre fines de la década del 40 y las décadas del 50 y 60, en el Río de la Plata, puntos que aún hoy siguen interpelando a la reflexión psicoanalítica contemporánea. Es en este sentido que pueden ser considerados como adelantados en relación a su tiempo.

Si bien esta elección recoge en parte la influencia de mi propia formación ocurrida en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, muy próxima geográfica y culturalmente al psicoanálisis argentino, creo que estos autores han sido una referencia obligada, y en

algunos casos controversial, para el desarrollo del tema en el psicoanálisis latinoamericano. Jerarquizaron la contribución del analista en el proceso analítico, focalizándose en el estudio y teorización de los fenómenos de comunicación inconsciente ocurridos entre paciente y analista. Los desarrollos de Racker tomaron como punto de partida y como eje la reflexión sobre el tema de la contratransferencia. En su visión la investigación del fenómeno contratransferencial constituye uno de los principales factores de cambio en el tratamiento analítico, y un camino de avance en la teorización psicoanalítica. En el pensamiento de M. y W. Baranger el planteo del tema de la contratransferencia se inserta en una concepción más amplia de la situación analítica entendida como campo dinámico.

Siguiendo la evolución del pensamiento de estos autores, que en el caso de M. y W. Baranger se continúa hasta la actualidad, vemos cómo el tema de la contratransferencia muestra variaciones bajo el impacto de diferentes influencias teóricas. Por esto el estudio del tema ofrece una perspectiva, aunque parcial y restringida a cierta región geográfica, sobre algunas de las variaciones en las concepciones psicoanalíticas en el Río de la Plata durante un período de tiempo que va desde fines de la década del 50 a la década del 90.

### **Heinrich Racker: la idea de la codeterminación transferencial-contratransferencial y el analista como observador participante**

Heinrich Racker, nacido en Polonia, inició su formación como médico y psicoanalista en Viena, pero la culminó durante la década del 40 en la Asociación Psicoanalítica Argentina, convirtiéndose en uno de los pioneros del movimiento psicoanalítico argentino.

Formuló la idea de que la contratransferencia puede ser utilizada como un instrumento para la comprensión de los procesos psicológicos del analizado en el año 1948, cuando presentó en la Asociación Psicoanalítica Argentina su trabajo “La neurosis de contratransferencia”, publicado posteriormente en el *International Journal* como “A contribution to the problem of countertransference” (Racker, 1948). Racker comienza a elaborar su teoría junto con Paula Heimann, aunque no haya existido en el comienzo un intercambio entre sus respectivas ideas (Etchegoyen, 1986:241).

Desde su punto de vista, en el estudio de la contratransferencia se confrontan analistas que siguen a Freud y trabajan con una técnica clásica, con analistas empapados en las nuevas ideas de M. Klein.

Racker se nutrió del pensamiento de Freud y de Klein. Se propuso investigar los dinamismos implícitos en el fenómeno contratransferencial, partiendo de la noción freudiana de que en la contratransferencia se expresan aspectos de la neurosis infantil del analista, los cuales operan como resistencia. Atribuye a estos aspectos neuróticos del analista la principal dificultad en la aceptación e investigación del fenómeno contratransferencial. Pero los desarrollos de Klein sobre las posiciones esquizo-paranoide, depresiva y maníaca, la fantasía inconsciente como expresión del ello, yo y super-yo, el papel del instinto de muerte y los mecanismos defensivos de la proyección, introyección y disociación, la relación entre el mundo interno y el externo, han modificado para Racker, la técnica analítica de la interpretación (Racker, 1958).

Influenciado por estos desarrollos sobre las relaciones de objeto tempranas, Racker formuló la idea de que existe una mutua interdependencia o co-determinación de los fenómenos transferenciales y contratransferenciales. En su visión:

*“Transferencia y contratransferencia representan una unidad dándose vida mutuamente y creando la relación interpersonal de la situación analítica”*

(Racker, 1977: 95).

Distintos modos de identificación ocurridos entre analista y paciente, dan origen a dos formas y funciones de la contratransferencia.

La contratransferencia concordante contribuye a la tarea del analista intérprete. Supone procesos de resonancia y de equiparación de lo propio y lo ajeno. Mecanismos de introyección y proyección permiten al analista identificarse en forma concordante y aproximada con el yo y el ello del analizado en sus diferentes facetas, experiencias, impulsos y defensas. La identificación concordante se origina en la contratransferencia positiva sublimada y está en la base del movimiento empalico y de los procesos de comprensión del analista (Racker, 1977: 235).

La contratransferencia complementaria, en cambio, muestra para Racker el aspecto neurótico de la contratransferencia e interfiere en el proceso analítico. El término se usa aquí en su acepción corriente. En la misma se ponen en juego identificaciones complementarias en las que el analista pasa a ocupar un lugar como objeto del mundo interno del analizado, sintiéndose así tratado (Racker, 1977: 235).

Entre las múltiples viñetas clínicas con las cuales ilustró sus ideas, Racker se refirió a un caso de la literatura psicoanalítica descrito por Wilhelm Reich (1933: 74-80). Reich había mostrado un momento del proceso de cambio de sus interpretaciones en el análisis de un paciente que sufría de sentimientos marcados de inferioridad. Se trataba de un paciente francamente inhibido, con dificultades importantes en su vida sexual, que transfiere a su analista tanto el odio hacia un hermano mayor, como la defensa frente a su actitud femenina. Resumiendo el caso, Reich concluye que el análisis del carácter había logrado penetrar hasta el centro de la neurosis del paciente, su angustia de castración, la decepción con la madre por el favoritismo hacia su hermano mayor, junto con la envidia hacia este último.

De la globalidad del caso Racker transcribe un breve pasaje del relato de Reich:

“Después de mostrar cómo, durante un largo período de tiempo, ninguna interpretación tuvo éxito, y no logró modificar la situación analítica del enfermo, Reich escribe:

*“Le interpreté luego sus sentimientos de inferioridad frente a mí; primeramente eso no tenía éxito, pero después de mostrarle, consecuentemente y durante varios días, su conducta, trajo algunas comunicaciones sobre su enorme envidia, no frente a mí, sino frente a otros hombres, ante los que igualmente se sentía inferior. Y ahora emergió en mí, como un rayo la ocurrencia, de que sus continuas quejas no podrían significar otra cosa que esto: ‘El análisis no tiene influencia sobre mí’, es decir, no vale nada, el analista es inferior e impotente y no puede lograr nada frente a él. Las quejas debían ser comprendidas en parte como triunfo y en parte como reproches frente al analista” (Racker 1977: 257).*

El surgimiento de la ocurrencia mostró, para Racker, la captación inconsciente de la propia contratransferencia complementaria por parte del analista. Desde su perspectiva la ocurrencia que irrumpió como un relámpago permitió integrar las sensaciones y sentimientos del analista omitidos anteriormente. Descubrió a la vez la identificación inconsciente implícita: “el analista es inferior e impotente”.

*“Si nos preguntamos por el origen de aquella ‘ocurrencia relámpago’ de Reich, la respuesta debe ser, teóricamente, que provino de la identificación con aquellos impulsos del analizando o de la identificación con un objeto interno de él. La descripción de los acontecimientos, sin embargo, no deja mucho lugar a dudas de que fue esto último, o sea la ‘contratransferencia*

*complementaria', la fuente de la intuición de Reich; es decir, que aquella comprensión relámpago surgió de la propia sensación de impotencia, derrota y culpabilidad por el fracaso del tratamiento” (Racker, 1977: 257).*

Los comentarios de Racker muestran el giro de su pensamiento en relación a la perspectiva de Reich. En primer lugar, adjudica a este momento una importancia central para la marcha del tratamiento. La respuesta emocional del analista en la actualidad de la sesión aparece como pista clave en el descubrimiento de la transferencia inconsciente del paciente. En este punto se ve la coincidencia de Racker con la postura de Heimann en cuanto a que la percepción de las respuestas afectivas del analista le permite inferir, el “rapport” profundo con el analizado (Racker, 1957: 304,305).

Otro aspecto que Racker destaca, y que muestra la influencia del marco teórico kleiniano, es la necesidad de estar atento a las reacciones agresivas que irrumpen en la contratransferencia. En su visión, las identificaciones complementarias se consolidan cuando sirven defensivamente al analista para evitar los sentimientos negativos que aparecen en él, como reacción ante la agresividad del paciente.

Así, la represión de las sensaciones de frustración –por el propio narcisismo herido–, del sadismo y del masoquismo del analista pueden llevar a que se identifique inconscientemente con aspectos sádicos del superyó del analizado, o se someta masoquísticamente al paciente para aplacar su agresión latente y sus sentimientos de culpa (Racker, 1958).

Elecciones teóricas y técnicas pueden enmascarar aspectos sádicos o masoquistas del analista. Así, una actitud activa o pasiva en la forma de intervenir o interpretar del analista puede estar condicionada, desde su identificación inconsciente con proyecciones del analizado. La dificultad de poder admitir estos sentimientos negativos del analista proviene, para Racker, de la permanencia de ideales irreales infantiles cuya supervivencia se debe a insuficiencias del análisis didáctico (Racker, 1957).

La perspectiva de Reich jerarquizaba el análisis de la neurosis infantil como forma de modificar defensas caracterológicas del paciente. La viñeta mostraba la reactualización de la angustia de castración en el paciente y también su reviviscencia en el analista. Racker agrega un nuevo aspecto al problema. Para él la identificación complementaria surge también como forma de evitar ansiedades primitivas –persecutorias y depresivas– en el analista frente a la propia agresión latente. En el momento clínico señalado el analista puede rescatarse de ansiedades depresivas y sentimientos de culpa, originadas en sus sensaciones de fastidio y fracaso por los reproches del paciente.

Cuando estas u otras reacciones complementarias se desconocen, generan posiciones contratransferenciales fijas que implican fuertemente al yo del analista, el cual se siente hundido en su contratransferencia. Estas reacciones, que operan como contrarresistencias, constituyen, entonces, uno de los principales peligros para la marcha del tratamiento.

En la medida en que el analista –como en la viñeta de Reich– puede comprender su propia respuesta contratransferencial, modifica su carácter repetitivo, ofreciendo una posibilidad de cambio al analizado. Surge entonces el aspecto nuevo o “prospectivo” de la situación transferencial-contratransferencial (1957: 330-330). De esta manera, las dos facetas de la contratransferencia –como obstáculo (identificación complementaria) y como instrumento (identificación concordante)– están en estrecha interdependencia. Esto lleva a Racker a un uso amplio del término, entendiendo por contratransferencia la totalidad de la respuesta del analista frente a su analizado.

La importancia adjudicada a la contratransferencia, y las dificultades del analista en admitirla, así como la codeterminación mutua de los fenómenos transferenciales y contratransferenciales, llevaron a Racker a postular la necesidad de una doble posición en el analista que le permita tomar como objeto de observación su propia participación. El analista debe oscilar entre ser instrumento pasivo sensible y a la vez oyente crítico racional, esto le permite alcanzar una relativa objetividad frente al analizado (Racker, 1977: 231-2).

Racker muere inesperadamente en 1961, sin poder desarrollar muchas de sus concepciones, que dejaron marcas profundas en el pensamiento de su época.

### **Madeleine y Willy Baranger: el campo dinámico, la fantasía inconsciente bipersonal y la contratransferencia**

Madeleine y Willy Baranger, pensadores de origen francés, radicados en la Argentina, viven en Montevideo entre los años 54 y 65, contribuyendo a la formación del grupo psicoanalítico uruguayo (P. Kutter, 1995).

A comienzos de la década del 60 publicaron “La situación analítica como campo dinámico”, trabajo que sintetizó el pensamiento de los autores de ese período. El objetivo del mismo fue el estudio de la situación analítica, para lo cual utilizaron dos nociones que mantuvieron hasta la actualidad: la noción de campo dinámico y la noción

de fantasía inconsciente bipersonal o básica (M. y W. Baranger, 1961-62) (M. Baranger, 1992).

La idea de campo dinámico se inspiró en la teoría de la Gestalt y en la fenomenología, mientras que su concepción de la fantasía inconsciente se basó en desarrollos de M. Klein, S. Isaacs y W. Bion. En la noción de campo dinámico confluyeron diversas corrientes de pensamiento de la época como, por ejemplo, las ideas de Kurt Lewin, psicólogo de la Escuela de Berlín, quien utilizó los principios de la teoría de la Gestalt para el estudio de la personalidad y de los grupos. La teoría de la Gestalt había refutado el asociacionismo, destacando que la percepción de las estructuras permitía descubrir una realidad diferente a la de la suma de las partes. Lewin entendía la acción individual, por ejemplo, como una unidad o campo dinámico en el cual interactúan individuo y ambiente.

Enrique Pichon-Rivière (1985) fue uno de los psicoanalistas que introdujo estas ideas en la Argentina. Es probable que accediera a la teoría de la Gestalt a través del estudio de pensadores franceses como Daniel Lagache y Maurice Merleau Ponty (Vezzetti, 1998). Lagache había buscado integrar la tradición del conductismo con la psicología de orientación fenomenológica y la clínica psicoanalítica. Concibió la conducta como un fenómeno de campo ocurrido en diferentes áreas: la mente, el cuerpo y el mundo. Merleau Ponty (1945) incorporó la teoría de la Gestalt a su enfoque fenomenológico sobre la conducta. M. y W. Baranger hacen referencia a estas influencias en distintos trabajos (1961-2, 1979, 1992); reconocen, asimismo, la influencia de Pichon-Rivière, con quien existió un intercambio personal. Este último aplicó la idea del campo al estudio de los fenómenos grupales en el área de la psiquiatría y de la psicología social. Pero corresponde a M. y W. Baranger haber utilizado la noción de campo dinámico para describir la situación analítica. Esta idea les permitió abordar la situación analítica como una globalidad que puede ser objeto de estudio (M. y W. Baranger, 1961-62: 4).

Describieron diferentes aspectos del campo. Su aspecto espacial, su dimensión temporal, y su configuración funcional. Sin embargo, el primer interés de los autores fue el estudio de la dinámica inconsciente del campo. La tarea del analista es, en primer lugar, el descubrimiento, de “la estructura profundamente distinta que se crea entre otra persona y nosotros” (M. y W. Baranger, 1961-62:19).

Su hipótesis central es que la situación regresiva del análisis promueve el surgimiento de una nueva “gestalt”, una fantasía inconsciente de pareja, bipersonal o básica (1961-2), diferente a las fantasías del paciente o del analista considerados

individualmente. Esta fantasía está en la base de la dinámica del campo analítico, ya sea de sus movimientos o de sus cristalizaciones.

La fundamentación de esta propuesta la encuentran, en primer lugar, en su práctica de psicoterapia de grupo (M. y W. Baranger, 1961-2: 19) que se apoyaba en la conceptualización de Bion (1952) sobre los supuestos básicos de grupo (ataque y fuga, dependencia y apareamiento). De la misma manera que en un grupo existe una fantasía grupal inconsciente, también en la sesión analítica se crea una fantasía de grupo, pero en este caso se trata de un grupo de dos: la pareja analítica.

Su idea de la fantasía inconsciente bipersonal se inspiró en la concepción estructural de la fantasía inconsciente de S. Isaacs y en el descubrimiento de M. Klein (1946, 1948) de los procesos de identificación proyectiva.

Isaacs (Isaacs, 1948) había concebido la fantasía inconsciente como expresión de la totalidad de la vida mental, ya sean impulsos instintivos –libidinales y destructivos–, como mecanismos defensivos frente a estos impulsos. En su visión, la experiencia corporal primitiva estaría en la base de la constitución de las fantasías.

El enfoque de M. y W. Baranger retoma estos desarrollos. Así, el campo analítico es el lugar que permite la escenificación de las fantasías primitivas del paciente. Vivencias con respecto al espacio y al tiempo se pueden expresar en diferentes ansiedades y fantasías. Modificaciones en el espacio del consultorio pueden despertar ansiedades fóbicas o agorafóbicas. Expectativas de una duración ilimitada del tratamiento pueden esconder, entre otras, la fantasía infantil de que el analista proporcione una gratificación inagotable.

El supuesto de que en la relación analítica se actualizan fantasías inconscientes es lo que da al campo analítico una de sus características esenciales: su radical ambigüedad.

*“Todo acontecimiento dentro del campo analítico se vive dentro de la categoría del ‘como si’, es esencial para el procedimiento analítico que toda cosa o todo acontecimiento en el campo sea al mismo tiempo otra cosa. Si se pierde esta ambigüedad esencial desaparece también el análisis.*  
(W. y M. Baranger, 1961-62: 8-9).

Pero el enfoque de W. y M. Baranger se distingue en parte del de Isaacs y del de Klein al resaltar que la tarea del analista no es solamente el entender la proyección de las fantasías del paciente, sino los procesos que van surgiendo entre el paciente y el



analista. La fantasía inconsciente compartida es concebida como una nueva estructura que

*“no puede en absoluto ser considerada como determinada por los impulsos instintivos del paciente (ni desde luego, del analista) aunque los impulsos de ambos intervengan en su estructuración. Tampoco puede ser considerada como la suma de las dos situaciones internas. Es algo que se crea entre ambos, dentro de la unidad que constituyen en el momento de la sesión, algo radicalmente distinto de lo que son separadamente cada uno de ellos (M. y W. Baranger, 1961-62:20). [Las negritas son de los autores.]*

En el proceso de formación de esta fantasía será central el mecanismo de identificación proyectiva y de contraidentificación proyectiva (Grinberg, 1956).

Grinberg estudió en el tratamiento de personalidades regresivas el fenómeno de la contraidentificación proyectiva ocurrido en el analista. Consideró que este fenómeno es una respuesta a las identificaciones proyectivas masivas del paciente, pero que el analista no contribuye directamente a la génesis del mismo. De esta manera la contraidentificación proyectiva no responde a la activación de conflictos del analista, sino que es una reacción a las proyecciones del paciente. Pero M. y W. Baranger utilizan el concepto no sólo como forma de entender las proyecciones del paciente, sino para comprender los modos de comunicación inconscientes establecidos entre paciente y analista. Como antes lo había hecho Racker, destacaron el carácter recíproco de los fenómenos de identificación ocurridos en la sesión analítica.

*“La pareja analítica depende del proceso de identificación proyectiva, y la fantasía del campo bipersonal es un interjuego de identificaciones proyectivas e introyectivas y de contraidentificaciones” (M. y W. Baranger, 1961-62: 23).*

En este interjuego intervienen las vivencias corporales de paciente y analista. Así, fantasías de movimientos corporales que surgen en el analista pueden ser consideradas como respuestas que corresponden a experiencias actualmente vivenciadas por el paciente. Se trataría en este caso de una “contraidentificación proyectiva corporal” (M. y W. Baranger, 1961-62: 12).

Las palabras de la interpretación no sólo descubren contenidos inconscientes de la realidad psíquica del paciente, sino que son también una forma de “hacer con el paciente”. En este punto retomaron aportes de Álvarez de Toledo (1954), para quien las

palabras que condensan afectos e imágenes, son concebidas como objetos intermediarios entre analista y paciente. Las mismas son “portadores de gratificaciones y agresiones y en general de innumerables fantasías” (M. y W. Baranger, 1961-62: 43).

La importancia adjudicada a la noción de fantasía inconsciente bipersonal llevó a los autores a repensar en términos relacionales no sólo aspectos del pensamiento de la escuela kleiniana, sino también de Freud. Esta reformulación está presente en sus planteos acerca del lugar de la historia infantil, el papel de la interpretación y el tema de la participación del analista y la contratransferencia.

Para M. y W. Baranger la interpretación del analista debe fundamentalmente dirigirse al “aquí y ahora” de la relación con el analista. Aspectos de la historia infantil se repiten en el vínculo fantaseado o actuado con el analista. La atención del analista debe dirigirse hacia el presente de la situación analítica y no hacia el descubrimiento o reconstrucción de los hechos del pasado, o a la reproducción regresiva de los puntos de fijación y las etapas libidinales del desarrollo infantil.

Para mostrar su perspectiva confrontaron en ese momento su enfoque con el de W. Reich (M. y W. Baranger, 1961-62). Reich concibió el tratamiento analítico como un proceso regresivo que permitiría acceder progresivamente a las capas superpuestas de impulsos y defensas cristalizados que han condicionado la estructuración del carácter. Este enfoque, que se apoyaba en la hipótesis freudiana de la regresión genética, suponía que la regresión propia del análisis lograría movilizar las resistencias y estratos más profundos de la personalidad que corresponderían a las primitivas etapas del desarrollo libidinal. En esta visión el analista –como el arqueólogo (Freud, 1937)– puede, mediante sus interpretaciones, levantar o movilizar sucesivas capas del material infantil sepultado.

M. y W. Baranger contrapusieron a la metáfora del arqueólogo las metáforas freudianas del juego de ajedrez o del campo de batalla (Freud, 1912, 1916), las cuales les resultaban más apropiadas para expresar el carácter relacional del proceso analítico.

Desde su perspectiva, el foco de atención del analista y de su actividad interpretativa debe dirigirse al descubrimiento de patrones infantiles de reacción revividos en la relación presente con el analista (M. y W. Baranger, 1961-62: 32).

Para ilustrar sus ideas sobre la significación de la historia infantil y la repetición en el análisis, comentaron brevemente un caso clínico (M. y W. Baranger, 1961-62: 33-34). Se trataba de un paciente que había consultado por su incapacidad de querer y odiar, de

alegrarse o entristecerse. En su análisis fueron apareciendo en forma ordenada sucesivas situaciones traumáticas de su historia. Si bien el paciente llegó a vivenciar emocionalmente situaciones transferenciales e históricas, el analista tiene la impresión contratransferencial de inautenticidad. El momento más significativo de este análisis ocurrió cuando un acontecimiento externo que el mismo paciente había provocado lo enfrentó a una situación de fracaso profesional. Este episodio lo sumió en sentimientos de profunda desesperación que hacían temer por su vida. El análisis de las fantasías vinculadas a la vivencia de fracaso mostraron hasta qué punto el éxito profesional era para *el* paciente un baluarte en el cual depositaba aspectos idealizados y omnipotentes de sí mismo. El tratamiento le permitió elaborar múltiples fantasías clivadas hasta ese momento, e integrar de manera diferente distintos aspectos de su historia. Desaparece, al mismo tiempo, el sentimiento contratransferencial de inautenticidad.

Este momento clínico mostraba para los autores cómo los procesos de repetición en el análisis no son lineales, y cómo el relato de la historia del paciente puede encubrir aspectos clivados que no pueden ser verbalizados, y que pueden pasar desapercibidos para el analista. Los mismos sólo se perciben a través de la vivencia contratransferencial, en este caso la sensación de inautenticidad del analista.

En el análisis de esta viñeta clínica se refirieron también a la noción de baluarte defensivo. En ese momento consideraron al baluarte como un refugio inconsciente del paciente que esconde, en general, poderosas fantasías de omnipotencia. La caída del mismo deja al paciente en un estado de extrema desvalidez, vulnerabilidad Y desesperanza (W. y M. Baranger, 1961-62:32).

Cuestionaron, además, la noción del analista “espejo”. El analista no puede concebirse como un observador objetivo que puede ser equidistante y neutral frente a la conflictiva del paciente, sino que está necesariamente involucrado en esta conflictiva “de parte completa”.

Esto los llevó a considerar el papel de la contratransferencia como instrumento técnico ya que el analista es depositario continuamente de distintos aspectos y objetos del self del paciente, adquiriendo movidas y múltiples funciones. Es necesario atender continuamente a la propia contratransferencia para poder captar el despliegue de fantasías del analizado.

Sin embargo, el fenómeno contratransferencial tiene diferente significación e intensidad en el proceso analítico. En unos casos el analista, explorando su contratransferencia, puede tomar conciencia de que se ha identificado con aspectos

clivados del mundo interno del paciente, lo cual permite que se inicie el proceso de la interpretación. En estos casos los mecanismos de identificación proyectiva son limitados, la regresión del analista es parcial, manteniéndose libre el aspecto observador del yo.

En otras situaciones, en cambio, el analista responde con su propia conflictiva neurótica inconsciente a la del paciente. El analista participa en estos casos directamente en la conformación de la neurosis transferencial, siendo más masivos los procesos de identificación mutua. Nos encontramos aquí con una noción clásica de la contratransferencia entendida como resistencia. (1961: 37). En estos casos el analista se siente invadido por la situación, la interpretación se vuelve inoperante y la característica del campo y del proceso es la inmovilidad. Precisarán posteriormente estas nociones al desarrollar su concepto de baluarte concebido como formación del campo analítico.

La salida frente a sentimientos de angustia provocados por la invasión de las proyecciones del paciente y el propio compromiso neurótico del analista se encuentra en las posibilidades del analista de recurrir a su yo observador que le permite no sólo la auto observación, sino también observar el campo en su unidad. El proceso interpretativo buscará movilizar la microneurosis de transferencia-contratransferencia, clarificando la actitud contrarresistencial del analista.

Las posturas de los Baranger generaron en aquel momento discusiones y polémicas. Leo Rangell sostiene en los congresos latinoamericanos del 64 y 66 que 'el proceso psicoanalítico se da en el paciente'. Etchegoyen (1986:462) señala la diferencia entre esta postura –propia de los psicólogos del yo– y la de los Baranger y los analistas latinoamericanos, para quienes el proceso analítico se da entre el paciente y el analista. Es que volviendo a releer los trabajos de W. y M. Baranger después de cuarenta años de sus primeras publicaciones encontramos que los mismos, si bien en forma a veces esquemática o inconclusa, plantearon puntos de debate que tuvieron un carácter innovador y precursor en relación a desarrollos actuales. Así, las diferencias entre una perspectiva unipersonal que tiene en cuenta en primer término la realidad intrapsíquica individual de paciente y analista, y la que privilegia un enfoque bipersonal del proceso, la importancia adjudicada a la participación del analista y de la contratransferencia, los replanteos sobre la cuestión de la neutralidad y sobre la significación de la historia infantil en el análisis, la importancia de los aspectos no verbales de la comunicación inconsciente entre paciente y analista, son temas que reaparecen abordados desde diferentes coordenadas teóricas en el pensamiento contemporáneo.

Si bien estos temas van a ser retomados por pensadores coetáneos a los autores, encontramos discontinuidades y cortes en el desarrollo de los mismos. Las razones para estas discontinuidades se pueden encontrar en distintos factores. Consideraré uno de ellos: la importancia que adquirieron nuevas ideas en el contexto latinoamericano, como veremos a continuación.

### **-J. Lacan y el cuestionamiento a la noción de contratransferencia**

En el transcurso de la década del 60, distintos analistas –por ejemplo, en Montevideo Koolhaas (1971-72)– comenzaron a estudiar el pensamiento de J. Lacan. Esto llevó a promover, a comienzos de los años 70, el contacto con algunos de sus discípulos. En 1972 y 1975 Serge Leclair visita Montevideo y Buenos Aires, exponiendo las principales líneas del pensamiento de J. Lacan, planteando a la vez sus propios desarrollos. También concurren a Montevideo en el año 1972 Maud y Octave Mannoni. En esta fecha se inicia un intercambio más generalizado con el pensamiento de J. Lacan y con pensadores franceses, que se mantiene hasta la fecha.

El cuestionamiento a la noción de contratransferencia en el pensamiento de J. Lacan aparece simultáneamente con la progresiva diferenciación que realiza este autor entre el registro imaginario y el registro simbólico. La elaboración de esta distinción se inicia con la postulación del estadio del espejo.

El estadio del espejo (Lacan, 1949) corresponde a un momento del desarrollo del niño que Lacan ubicó en los seis meses de vida. En ese momento el niño capta, por primera vez, la unidad de su propia imagen reflejada en el espejo y se identifica jubilosamente con ella.

Además de tener un valor histórico en el desarrollo, Lacan atribuye a este estadio un valor en los procesos de estructuración psíquica del niño. El verse reflejado en el espejo –que es también para Lacan metáfora de la mirada de la madre– permite la constitución de la identidad primaria del yo. Sin embargo, esta primera noción de la propia integridad tiene un aspecto conflictual. El hecho de que es sólo a través de la mirada de la madre que el yo del niño puede reconocerse lo deja en una situación de dependencia y cautiverio. Así, desde el inicio el yo surge alienado en la imagen y el deseo del otro, estando en su esencia la posibilidad del desconocimiento y el engaño sobre sí mismo.

Para explicar el aspecto conflictivo que tiene el proceso de identificación Lacan (1948), juntó a la metáfora del espejo, la metáfora de la relación dialéctica del amo y el

esclavo de Hegel. La lucha entre el amo y el esclavo muestra cómo la agresividad humana surge como una forma de escapar a la dependencia y a la alienación que implica el contacto con el otro. Es un producto de la lucha narcisista del yo por la afirmación y el reconocimiento frente a un otro que es a la vez la garantía de su existencia.

El registro imaginario es caracterizado por Lacan por el predominio de vínculos duales, especulares y narcisistas que reproducen estos modelos de relacionamiento, con un objeto omnipotente e idealizado al que se ama y se odia simultáneamente.

El complejo de Edipo, en cambio, constituye para Lacan el paradigma del orden simbólico. En el mismo el padre, además de confrontar al niño con las diferencias sexuales, desempeña la función de tercero separando al niño de la relación dual con la madre. Esta deja entonces de ser la figura completa que puede colmar al niño. El padre instauro en el niño la ley que implica el reconocimiento de la falta en el otro y en sí mismo. Esto permite la apertura al movimiento inagotable del deseo inconsciente, al discurso del Otro, en la terminología de Lacan.

La instauración del orden simbólico representa el reconocimiento de los límites, la ausencia y la falta, e implica para el sujeto la aceptación de una división esencial. El sujeto del inconsciente, sujeto verdadero para Lacan, está en una relación de heterogeneidad radical con el yo, el que aparece como lugar de alienación y desconocimiento.

Un ejemplo de la distinción que establece Lacan entre los dos registros, imaginario y simbólico, se encuentra en el análisis que desarrolla sobre el caso Dick de M. Klein (1961).

Lacan (1954: 95-103) se refiere al momento en el cual M. Klein nombra los diferentes juguetes del niño buscando el despliegue de sus fantasías edípicas. En las interpretaciones de M. Klein el niño es el “pequeño tren” que entra a la “estación” mamá, y que es contrapuesto por la analista al “gran tren” papá. Las interpretaciones de la analista tuvieron como efecto un progreso que se vio en el sucesivo desplazamiento del juego del niño a nuevos objetos.

Pero en la perspectiva de Lacan el efecto de la interpretación no debe buscarse en el proceso imaginario de transformación de las fantasías del niño. La palabra de la interpretación no tiene como finalidad fundamental el develamiento de los contenidos de las fantasías en relación con el interior del cuerpo materno. En su visión, la función

de la palabra es mediatizadora. Al nombrar al padre la analista actúa también como tercero que establece una barrera entre el niño y la madre.

Aquí Lacan destaca la importancia del lenguaje en la constitución del inconsciente individual, aspecto de su teoría que ha sido especialmente discutido. En la visión de Lacan al nombrar y diferenciar los elementos de la fantasmática edípica M. Klein instauró en el niño una nueva estructura, las primeras simbolizaciones del mito edípico.

Estos desarrollos llevaron necesariamente a Lacan a reformular las nociones de transferencia y contratransferencia. Distinguió las dimensiones simbólica e imaginaria de la transferencia. El aspecto simbólico se manifiesta en la insistencia de la repetición, la cual permite develar los sucesivos significados de la historia del sujeto. En cambio, las reacciones afectivas de amor y odio ocurridas entre paciente y analista son entendidas como manifestaciones imaginarias que operan como resistencia.

En cuanto a la contra transferencia, Lacan utilizó esta noción en sus primeros trabajos (1951), donde aparece como un obstáculo en el proceso analítico que proviene de las resistencias del analista. Pero progresivamente asumió una postura crítica frente al uso de este término. Dos son las razones de sus cuestionamientos.

En primer lugar, su rechazo a reducir el análisis a una relación intersubjetiva dual. La relación analítica tiende a reproducir la relación descrita por Lacan en el estadio del espejo o la relación dialéctica del amo y el esclavo. El analista aparece como un otro que, como la madre o el amo, reviste características de omnipotencia, y del cual se reclama agresivamente un reconocimiento. El centrar el trabajo analítico sobre la interpretación transferencial-contratransferencial podría contribuir a reforzar en el análisis los vínculos duales del paciente, con sus connotaciones de amor y odio, y su ilusión narcisista de completud. El jerarquizar la contratransferencia puede llevar a sobredimensionar los aspectos regresivos y la afectividad del analista en sus manifestaciones de odio y amor, facilitando la inducción de sentimientos al paciente y su “reeducación emocional” (J. Lacan 1958: 217). Y, sobre todo, a favorecer identificaciones narcisistas entre paciente y analista. Lacan rechaza la postura de autores como Balint, para quienes la identificación con el analista es la finalidad del análisis.

Una segunda razón para el rechazo del uso de la noción de contratransferencia es que poner el fenómeno de la contratransferencia en primer plano puede conducir a que analista y paciente queden ubicados en una relación simétrica.

Corresponde permanentemente al analista marcar una posición estructural diferente frente al paciente. El paciente en la transferencia hace depositario al analista de un “supuesto saber” ilimitado acerca de sí mismo y de sus deseos de completud narcisista. En este sentido es que el analista es “el sujeto supuesto saber” (Lacan, 1964) para el paciente. El analista debe evitar el responder a estas expectativas evitando la sugestión y el querer satisfacer de alguna manera los reclamos del paciente. Debe poder renunciar a ejercer el poder que el paciente le otorga, ubicándose entonces en una transferencia simbólica.

Para Lacan la actitud de neutralidad del analista tiene un papel central en el análisis. El ejercicio de la neutralidad afirma al analista en una posición simbólica asimétrica que marca el límite, o la falta (castración simbólica) para sí mismo y para el paciente. El analista no debe responder a la demandas del paciente, de ahí la importancia adjudicada al silencio del analista como instrumento técnico.

El analista debe atender fundamentalmente a la insistencia de la repetición de ciertos significantes centrales, que tienen que ver con experiencias primordiales del sujeto. Pero para Lacan la repetición se muestra fundamentalmente en la insistencia del discurso, o más específicamente en la insistencia de ciertas secuencias acústicas (significantes). La interpretación del analista puntuará o señalará estos momentos sin pretender explicarlos, dejando abiertos los efectos de sentido que el analizado busca cuestionar permanentemente. De esta manera la finalidad de la interpretación es la de romper con el discurso vacío y capturante del yo consciente (moi o sujeto del enunciado, en la terminología de Lacan), permitiendo la irrupción del sujeto verdadero (Yo de la enunciación, Sujeto del inconsciente). El analista, al no ofrecer una verdad acabada con la interpretación, se ubica en la dimensión simbólica de la transferencia que aparece contrapuesta a la transferencia imaginaria, en la cual predominan las vicisitudes del amor y odio hacia el analista. Esta última opera como resistencia.

Lacan adjudicó gran importancia al aspecto simbólico de la transferencia. En la misma el analista ocupa el lugar del Otro, permitiendo la irrupción del deseo inconsciente, los procesos de identificación simbólica y en definitiva reestructuraciones en la subjetividad del paciente. Si el paciente logra durante su análisis reconocer sus propios límites y los límites de sus figuras infantiles podrá reapropiarse de su historia de manera diferente.

Todas estas razones llevaron necesariamente a Lacan a considerar “la impropiedad conceptual del término contratransferencia” (Lacan, 1958: 217), en la medida en que

ésta facilita el enlace con la transferencia imaginaria del paciente, favoreciendo sus aspectos defensivos. Desde su punto de vista es suficiente con hablar de las diferentes maneras –imaginaria o simbólica– en que analista y paciente están implicados en la transferencia.

### **-Hacia una noción más discriminada de la contratransferencia**

Los planteos de los primeros trabajos de W. y M. Baranger se desplegaron teniendo como transfondo el diálogo del pensamiento de Klein con el de Freud. A partir de fines de la década del 70 encontramos un replanteo de sus ideas en el marco de una nueva confrontación, la de algunas de las postulaciones de Lacan con el pensamiento de Klein.

En 1976 Baranger escribe su “Comentario de los seminarios y conferencias de Serge Leclaire”, que resulta una introducción tanto al pensamiento de J. Lacan como al pensamiento de S. Leclaire.

En el pensamiento de Baranger el conocimiento de las ideas de Lacan no trae como consecuencia un abandono de sus primeras postulaciones. Sin embargo, a partir de 1979 encontramos una autocrítica frente a los planteos de sus primeros trabajos, lo cual lo llevó también a precisar el alcance de la noción de contratransferencia. Esta reformulación fue motivada por observaciones realizadas en su práctica, pero sin duda resulta también, en mi visión, una respuesta a los cuestionamientos que implicaban las nuevas ideas, tales como la importancia adjudicada por Lacan a la repetición de la historia del paciente en el análisis, y a su reclamo de que el analista debe necesariamente ocupar una posición estructural diferente frente a su paciente, lo cual estaría en la base de la asimetría analítica.

Baranger (Baranger, W., 1979) reconoce que la noción de campo de sus primeros trabajos se había apoyado en una concepción que entendía a la transferencia y a la contratransferencia como reacciones globales de analista y paciente quedando convertidas en fenómenos omnipresentes en la situación analítica. Admite que muchos fenómenos ocurridos entre analista y paciente pueden ser triviales y se distinguen de los auténticamente transferenciales. Diferencia las interpretaciones que pueden ocurrir “dentro de la transferencia”, de las interpretaciones “de la transferencia”, en las cuales el analista hace una referencia explícita a la misma. A la vez previene sobre la exageración en la consideración del presente de la sesión, del “aquí y ahora conmigo”. (1979: 28-29). Si toda interpretación se dirige en forma poco discriminada a interpretar

la relación transferencial presente, se puede borrar la exploración de la historia del paciente que constituye uno de los resortes esenciales del proceso analítico. En este punto Baranger reafirma tanto en este trabajo de 1979 como en el de 1983 su acuerdo con Pichon-Rivière, quien había concebido el proceso analítico como “un proceso en espiral” donde pasado y presente se articulan en forma dialéctica en la sesión, abriendo paso al futuro (Baranger, M. y W.; Mom J., 1982: 542).

Baranger restringió, además, los conceptos de identificación y contraidentificación proyectiva. En sus primeros trabajos el proceso analítico era concebido como “una sucesión de identificaciones proyectivas seguidas de reintroyecciones que llevaban a una paulatina modificación del mundo de los objetos internalizados del analizando y de sus instancias psíquicas” (Baranger, W. 1979: 30). Así, transferencia y contratransferencia se confundían con identificación y contraidentificación proyectiva, y si bien éstos son fenómenos que se dan con frecuencia en la situación analítica, “no son en absoluto definatorios de su estructura ni de su dinámica, y menos del trabajo que en ella se lleva a cabo” (Baranger, W.1979: 30).

Llamó al campo analítico ‘campo intersubjetivo’ y no bipersonal, pareciendo responder a la crítica de Lacan sobre la tendencia a considerar el análisis como una relación especular de dos “egos”.

*“Nos faltaba reconocer en toda su importancia el concepto de Lacan acerca del sujeto. No se trata ni de dos cuerpos, ni de dos personas, sino de dos sujetos divididos cuya división resulta de una triangulación inicial”*  
(Baranger, W. 1979: 30).

Sin embargo, Baranger se plantea las dificultades del uso de nociones provenientes de campos referenciales diferentes. Así, se pregunta por la compatibilidad de nociones tales como la de sujeto dividido y la noción de identificación proyectiva a la cual sigue dando valor.

Se pregunta además por las implicancias técnicas de la concepción de Lacan sobre el inconsciente. En su visión, el hecho de que la interpretación del analista alcanza y modifica la conflictiva inconsciente del analizado cuestiona la hipótesis de Lacan sobre la heterogeneidad del inconsciente. Se hace difícil compatibilizar la acción específica de la palabra en la interpretación, con la concepción del inconsciente radicalmente heterogéneo al yo. En este punto Baranger estaba planteando un aspecto problemático del pensamiento de Lacan que reaparece en el psicoanálisis actual.

En la visión de Lacan el orden simbólico no está en continuidad con el orden imaginario, sino que surge en una relación de alteridad radical con este. Tampoco el sujeto dividido, sujeto verdadero del inconsciente, está en continuidad con el yo, que es un lugar de espejismos y de desconocimiento.

La idea de Heidegger, de que es el lenguaje el que construye las estructuras del mundo está presente en la concepción de Lacan del inconsciente como Otro “excéntrico” al yo y a la subjetividad intencional (Acevedo de Mendilaharsu, 1995). En este aspecto la formulación de Lacan, sobre el sujeto dividido y el orden simbólico se diferencia claramente de las metapsicologías de Freud y Klein. Si la noción de sujeto dividido de Lacan rompe la dialéctica consciente-inconsciente, en Freud y Klein la relación entre los dos órdenes constituye un todo dialécticamente relacionado. El proyecto freudiano, por ejemplo, puede ser concebido como un círculo hermenéutico en el cual no hay discontinuidad radical entre sus partes. Lo manifiesto aparece en relación a lo latente, los mecanismos defensivos en relación directa con la conflictiva inconsciente, etc. (Ogden, 1994).

El tema del alcance de la interpretación será retomado por M. Baranger en 1992. En ese momento reafirma un punto de vista dialéctico sobre la interpretación y el proceso analítico (de León, 1996, 1999). Si concede la razón a la postura de Lacan cuando éste señala el carácter puntual de las manifestaciones del inconsciente en la sesión analítica, M. Baranger se apoya nuevamente en nociones clásicas del pensamiento de Freud y de Klein para señalar que el proceso de la interpretación no es arbitrario, se inserta en un contexto de trabajo previo entre paciente y analista y produce modificaciones en el paciente y en la historia posterior del análisis.

### **-La segunda mirada. La contratransferencia y el baluarte**

Tanto en el trabajo de W. Baranger de 1979 como en el trabajo que M. y W. Baranger presentaron junto con Jorge Moni (1983) en el 33 IPA Congress, reafirmaron la importancia de mantener la asimetría analítica.

Estos autores postularon la necesidad de una dualidad de visión en el analista, distinguiendo dos formas de mirada del analista durante la sesión. Una primera mirada enfoca directamente el material asociativo aportado por el paciente. La atención flotante del analista permite realizar un trabajo fluido sobre las asociaciones del paciente, sueños, recuerdos, fantasías, hechos de su historia, etc.

Cuando el analista siente un obstáculo en su trabajo surge en él una segunda mirada que abarca al campo analítico en su conjunto. El analista se incluye, entonces, como objeto de observación en la relación con el paciente. La segunda mirada implica la auto-observación del analista en su relación con el paciente y lleva directamente a tomar en cuenta el fenómeno de la contratransferencia. Ciertos “indicadores contratransferenciales” (Baranger, M. y W.; Mom J., 1982: 529) alertan al analista y lo llevan a descubrir aspectos inmovilizados en la situación analítica

Retomando la idea de contrarresistencia formulada por Racker, señalaron cómo el enlace entre las resistencias del paciente y las contrarresistencias del analista puede cronificarse. Cuando esto ocurre se constituye un baluarte en el campo analítico sostenido por el analizado y el analista. Diferentes fenómenos que se describen como “impasse analítico”, “inanalizabilidad”, “limitaciones del proceso analítico”, “reacción terapéutica negativa” pueden ser atribuibles a la formación de tales baluartes (Baranger, W., 1979: 279). La utilización de la segunda mirada por parte del analista permitiría evitar o movilizar estas estructuraciones patológicas del campo.

El baluarte, concepto central en la teorización del campo de los Baranger, es:

*“(…) una neoformación constituida alrededor de un montaje fantasmático compartido que implica zonas importantes de la historia personal de ambos participantes y que atribuye a cada uno un rol imaginario estereotipado”*  
(Baranger, W. y M., Mom, J., 1982: 529).

Algunas viñetas son presentadas para ilustrar esta noción:

“Un analizado, veterano de una cantidad de tratamientos analíticos. Aparentemente, cada sesión aporta el fruto de algún ‘descubrimiento’: en realidad, no pasa nada. El analista está embelesado por la sutileza del analizando al describir sus estados internos, lo que regocija su propio talmudismo. Hasta que se da cuenta de que, mientras están ambos jugando con sus disquisiciones, el analizando está colocando, cada mes, el monto de sus honorarios a plazo fijo (especulando con el retraso en el pago). El análisis de este baluarte revela un montaje fantasmático compartido: una vieja venganza solapada del analizando contra su padre avaro, y la compulsión culposa del analista a ubicarse en el lugar del padre engañado.

Ejemplo de un baluarte que ha invadido el campo. Un paciente psicópata grave. El analista está aterrorizado, temiendo la agresión física homicida del analizando, sin poder ni interrumpir el tratamiento, ni llevarlo adelante. La fantasía nodular del baluarte es la

del paciente como torturador en un campo de concentración, y la del analista como víctima torturada e impotente. La formulación consciente de este manejo en el analista provoca la desaparición del terror. Ambas historias individuales convergen en la creación de este campo patológico” (Baranger, M. y W.; Mom J., 1982: 530).

El baluarte implica cierta pérdida de la asimetría analítica, en la medida de que sucede algo en el campo analítico que no puede ser comprendido por el analista. Vemos cómo identificaciones proyectivas recíprocas, determinadas desde la historia infantil de paciente y analista, contribuyen a la formación de una fantasía inconsciente compartida, la cual adquiere estabilidad en el campo analítico. En el primer caso la identificación culposa del analista que lo lleva a ubicarse en el lugar del padre engañado se enlaza con la venganza del analizado. En el segundo ejemplo los enlaces entre los aspectos sádicos y masoquistas de analista y paciente expresados en la fantasía de la víctima y el torturador.

La existencia del baluarte se manifiesta en estereotipias del relato y de los roles, y la vivencia en analista y paciente de que no pasa nada. Pero el baluarte se expresa por efectos indirectos. Así, la acción agresiva de demorar el pago aprovechándose del analista, en el primer caso, o el sentimiento de terror, en el segundo. Estas vivencias implican acciones, afectos intensos y fantasías de contacto corporal (las referencias al dinero que el paciente no da al analista en el primer caso, o la fantasía de daño corporal en la identificación del paciente como torturador, en el segundo), las cuales no pueden ser comprendidas y verbalizadas en primera instancia. Escapan a la conciencia y a su inserción en el discurso verbal.

“...[el baluarte] se caracteriza por no aparecer nunca directamente en la conciencia de ambos participantes, manifestándose tan sólo por efectos indirectos: proviene de una complicidad entre ambos protagonistas en la inconsciencia y en el silencio para proteger un enganche que no debe ser develado. Esto desemboca en una cristalización parcial del campo, en una neoformación constituida alrededor de un montaje fantasmático compartido que implica zonas importantes de la historia personal de ambos participantes y que atribuye a cada uno un rol imaginario estereotipado” (M. y W. Baranger; Mom, J., 1982: 529).

La segunda mirada del analista se hace imprescindible para poder desmenuzar esta estructura. Esta le permite tomar conciencia de sus implicancias en el proceso, sin que tenga por esto que hacer confesiones contratransferenciales. Poder transmitir el sentido de la fantasía implícita conduce a procesos de “desimbolización” entre analista y

paciente. Esto permite la restitución en el paciente de aspectos ubicados en el analista por identificación proyectiva, a la vez que la integración de sentimientos en analista y paciente. La tarea interpretativa generará procesos de insight en el paciente, y el analista recupera, entonces, una primera mirada más libre sobre el campo analítico.

El desarrollo de la idea del baluarte contribuyó a precisar la noción de contratransferencia. Si bien mantuvieron el uso amplio del término, buscaron discriminar distintas facetas del fenómeno contratransferencial.

En primer lugar, incluyeron en esta noción los aspectos de la función del analista, que provienen de su posición asimétrica frente al paciente:

*“Lo que proviene de la estructura misma de la situación analítica y de la ubicación y la función del analista en el proceso”* (M. y W. Baranger, Moni; J., 1982: 536).

El analista, al instituir y mantener el encuadre, al interpretar, lo hace desde el registro simbólico en términos lacanianos. Sin embargo, los Baranger y Mom distinguieron su enfoque del de Lacan al resaltar que: “el analista está comprometido en carne inconsciente y hueso” (Baranger, W. y M.; Mom, J., 1982: 534). El analista escucha y reacciona permanentemente, pero mantiene su contratransferencia cohibida y condenada a un despliegue interno que no interfiere con el ejercicio de la atención flotante, y que contribuye en el proceso de elaboración de la interpretación.

En segundo lugar:

“Las transferencias del analista sobre el paciente que, si no se estereotipan, hacen normalmente parte del proceso (sé que esta analizanda no es mi hija y que me debo cuidar de mi propensión a tomarla como si lo fuera)” (M. y W. Baranger; Mom, J., 1982: 534).

El analista transfiere espontáneamente al paciente sentimientos o expectativas, pero debe cuidarse de su propensión a tratar al paciente como algo propio. Un ejemplo puede ser la tendencia a exagerar los sentimientos filiales hacia el paciente.

En último término ubican dentro de la contratransferencia:

“Las identificaciones proyectivas del analista hacia el analizando y sus reacciones a las identificaciones proyectivas de éste. Estos fenómenos son los que provocan las estructuraciones patológicas del campo, exigen una segunda mirada hacia él, y un trato interpretativo prioritario (M. y W. Baranger, Mom, J., 1982: 534).

Esta síntesis sobre el tema de la contratransferencia, aunque esquemática y provisoria como lo señalan los mismos autores, muestra en parte las aproximaciones y diferencias con el enfoque de La can, así como la prevalencia de conceptos centrales del pensamiento kleiniano.

La importancia otorgada a la asimetría analítica y al reconocimiento de que “el trabajo analítico no consiste en el agotamiento a ultranza de las ‘franelas imaginarias’ (o de las vivencias regresivas que se dan entre dos personas sin contacto físico) pero no se limita a un poder de disrupción” (M. y W. Baranger; Mom, J., 1982: 540), marca una proximidad con el pensamiento de Lacan.

Sin embargo, desde mi punto de vista, su enfoque se aparta del de Lacan. Las concepciones de la fantasía inconsciente y de la identificación proyectiva permanecen como conceptos centrales en su visión del proceso analítico. Se mantiene, asimismo, aunque discriminado, el uso del término contratransferencia y la importancia adjudicada a la comprensión del fenómeno. Si bien es considerada como un instrumento esencial, en este último trabajo se precisa su carácter resistencial que se manifiesta en su forma más acabada en la formación de baluartes en el campo analítico.

Las diferencias se ahondan en relación a temas como el de la repetición en el análisis, la historia, y la función de la interpretación.

El baluarte muestra la importancia de aspectos repetitivos, que a diferencia de la concepción de Lacan sobre la repetición en el análisis, escapan al discurso verbal. Se instalan silenciosamente e implican complicidades y condicionamientos inconscientes entre paciente y analista. La historia infantil de paciente y analista reaparece en las fantasías y afectos actuados intrincadamente en la relación analítica. Estos fenómenos son los determinantes en la cristalización o movimiento del campo y del proceso analítico.

A la vez encontramos diferencias en relación a la función de la interpretación del analista. Si Lacan jerarquizó el valor disruptivo de la interpretación a través de las intervenciones del analista que buscan desarmar el discurso conciente del paciente, ellos conciben el proceso de la interpretación como una alternancia dialéctica del poder disruptor de la palabra con su poder integrador generador de fenómenos de “insight” en paciente y analista.

*“El resorte del proceso analítico aparece por lo tanto como constituido por la producción de resistencias y baluartes y su correspondiente disolución*

*interpretativa creadora del insight*” (M. y W. Baranger; Mom, J., 1982: 541).

### **-¿Borramiento de la noción de contratransferencia?**

El influjo de las grandes escuelas europeas ha repercutido de un modo u otro en la continuidad de la producción latinoamericana. Los procesos de asimilación de las nuevas ideas trajeron como consecuencia cortes que en ocasiones dificultaron el afianzamiento de una tradición de pensamiento propio (Herrmann, 1987).

Si nos referimos específicamente al tema de la contratransferencia vemos que su desarrollo sufrió discontinuidades y modificaciones a través del tiempo. Si tomamos como ejemplo el movimiento psicoanalítico uruguayo encontramos un desdibujamiento del tema por un período de alrededor de quince años.

Una investigación reciente (de León de Bernardi et al., 1998) analizó la evolución de las variables transferencia y contratransferencia en el total de los trabajos publicados en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis entre los años 60 y 95.

Esta investigación, que se realizó a través del estudio de los descriptores,<sup>3</sup> mostró un descenso de la temática de la contratransferencia entre los años 75 al 89. Mientras que en los años 65 al 69 el porcentaje de trabajos publicados sobre el tema de la contratransferencia a casi un 10%, entre los años 75 al 79 el porcentaje desciende a 0%, considerando el total de trabajos publicados.

Se buscó correlacionar, a la vez, la variable contratransferencia con la evolución de los marcos teóricos dominantes. Para ello se estudiaron las referencias bibliográficas en trabajos de autores uruguayos. Observamos un descenso paulatino de las citas a Heimann, M. y W. Baranger y Racker, a partir del comienzo de la década del 70. Este descenso aparece correlativo a un aumento progresivo de las referencias a Freud (24%) y a Lacan (8%), y con la disminución de las referencias a Klein (2%), (porcentajes sobre el total de citas bibliográficas en los trabajos de autores uruguayos). En el quinquenio que va de los años 75 a 79 es donde encontramos mayores referencias bibliográficas a Freud y a Lacan.

---

<sup>3</sup>. El descriptor es un indicador complejo cuyas características fueron establecidas convencionalmente por un grupo de personas independientes a este estudio. Los mismos consideraron que un descriptor está presente en un trabajo cuando determinado concepto, como en este caso el de contratransferencia, aparece ampliamente desarrollado o se aporta una idea nueva sobre el mismo.

Otro trabajo de investigación (Bernardi et al., 1997) estudió las modificaciones en las características de las interpretaciones en trabajos presentados en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay entre los años 60 y 90. Se comprobó un descenso significativo de las interpretaciones de la transferencia (entendida como el “aquí ahora conmigo”), de las interpretaciones que tuvieran en cuenta la agresión del paciente y de aquellas que buscaban una mayor comprensión por parte del paciente de sus sentimientos acerca de sí mismo. Estos cambios podían explicarse en parte como efecto de la disminución de la influencia kleiniana.

Estas investigaciones, coincidieron con apreciaciones de F. Schkolnik (1987) cuando analizó las características de la producción latinoamericana en el primer simposio de FEPAL. Según esta autora la orientación teórico-clínica kleiniana presente en los orígenes del grupo uruguayo comenzó a modificarse “a fines de la década del 60”, en que “empezó a despertarse en el Río de la Plata el interés por el pensamiento de autores franceses, en particular de la escuela de Lacan, con las visitas de S. Leclaire y O. Manoni” (1987: 63-64). La lectura de autores franceses promueve un retorno a Freud, en especial el Freud de la primera tópica, dejado de lado dentro de la concepción kleiniana. Esta vuelta a Freud está en parte orientada por la influencia de Lacan y de otros pensadores franceses, por ej., Green, Laplanche, dejándose en general de lado la influencia del pensamiento norteamericano.

Además de las ideas de Lacan y pensadores franceses se estudiaron otros autores como Winnicott y Mahler. A fines de la década del 80 hubo un retorno al pensamiento kleiniano “en especial en lo que se relaciona con el análisis de niños y la psicosis” (Schkolnik 1987). El estudio del pensamiento de Bion se mantuvo constante en diferentes períodos.

En mi visión, la postura crítica de Lacan incidió en el hecho de que el tema de la contratransferencia, por lo menos en el Uruguay, se convirtiera en un tema menor durante un período de tiempo. Si bien la formación kleiniana quedó como base en la mayoría de los analistas, y el tema de la contratransferencia fue probablemente incorporado implícitamente en la práctica de muchos, quedaron postergados varios de los temas planteados durante las décadas del 60 y el 70, tanto en lo que se refiere a las distintas formas de participación del analista, como en lo referente a la investigación de los modos de comunicación consciente e inconsciente establecidos en el proceso analítico.

La importancia adjudicada a la posición simbólica del analista y a su neutralidad, así como el menoscabo de su participación imaginaria (aspecto que se remarca sobre todo en los primeros trabajos de Lacan) contribuyen, en mi visión, a favorecer procesos de idealización en el analista, desestimando una investigación más realista de su participación. Por otro lado, al ser una teoría de ambigua y dificultosa traducción clínica lleva a desviar la reflexión psicoanalítica de la descripción de la experiencia analítica concreta.

Pero la introducción de una nueva perspectiva tuvo como ventajas el acotar y reubicar el uso de nociones kleinianas que habían sido usadas en forma a veces dogmática. Así, por ejemplo, la interpretación de la agresión, o una sobredimensión del fenómeno transferencial y contratransferencial que podía llevar a dificultar la escucha del paciente y el proceso de la asociación libre. Sin embargo, la crítica al uso a veces poco discriminado de la noción de contratransferencia surgió también desde diferentes posturas teóricas y parece coincidir con una mayor madurez del movimiento psicoanalítico. Así, Etchegoyen (1993) señala cómo el uso que hace el analista de su contratransferencia o de sus ocurrencias contratransferenciales en sus interpretaciones debe supeditarse al material asociativo aportado por el paciente. De esta manera advierte sobre los riesgos de una sobredimensión del fenómeno contra transferencial, y sobre la posibilidad de que el analista adjudique al paciente aspectos propios, perdiéndose de esta manera la finalidad específica del método analítico: la transformación de la realidad psíquica del paciente.

En un contexto pluralista se reabre una discusión más global sobre el tema de la contratransferencia en 1996 en el XXI Congreso de FEPAL de Monterrey: “El campo de la transferencia-contratransferencia”. En el mismo se retoman viejas tradiciones a la luz de los nuevos aportes teóricos. Si la influencia del pensamiento kleiniano fue predominante en el origen de muchos de los grupos psicoanalíticos de la región, en el momento actual encontramos junto con desarrollos kleinianos y postkleinianos, desarrollos freudianos, del pensamiento de Lacan y pensadores franceses, y en algunas regiones también aportes del pensamiento norteamericano. Sin embargo, salvo excepciones, no encontramos aún una confrontación que busque profundizar en las diferencias teóricas y técnicas de las distintas aproximaciones.

## **-Conclusiones**

Sintetizando podemos decir que en los pensadores estudiados la noción de contratransferencia es usada en sentido amplio, como la respuesta global del analista al paciente, tal como lo había postulado Heimann. Sin embargo, buscaron discriminar en esta respuesta una gama de fenómenos que van desde los procesos propios de la escucha analítica hasta las reacciones propiamente resistenciales del analista.

La noción de contratransferencia aparece incluida en el marco de una concepción de la situación analítica que jerarquiza la constitución recíproca de los fenómenos del campo. Queda estrechamente unida a la noción de identificación proyectiva y de fantasía inconsciente. La idea de codeterminación transferencial-contratransferencial planteada por Racker se ve ampliada en la idea de una Gestalt compartida y alcanza una mayor discriminación en la noción del baluarte de los Baranger. Esta idea fue retomada desde un nuevo ángulo por Bléger (1967), cuando jerarquizó el estudio de la simbiosis en el campo analítico.

La idea de la complementariedad de los fenómenos del campo reaparecerá en los estudios de Liberman (1970) sobre el diálogo analítico y sobre la complementariedad en los estilos de comunicación establecidos entre analista y paciente. Este autor pondrá especial énfasis en el estudio de las formas de verbalización en la sesión, considerada como una narrativa organizada en secuencias temporales (1976). Propuso además el uso de métodos de investigación empírica para el estudio de las características del diálogo analítico, propuesta desarrollada por este autor hasta sus últimos trabajos (1978).

El concebir la reciprocidad del fenómeno transferencial y contratransferencial no implicó en los autores un abandono de la noción de asimetría analítica o del principio de la neutralidad del analista. Por el contrario, se trata de detectar las dificultades que provienen del analista y los enlaces defensivos que pueden llegar a establecerse con el paciente. De aquí la importancia de la noción del analista como observador participante que aparece como contracara de la noción de contratransferencia en los diferentes autores.

En el desarrollo del pensamiento de Racker y M. y W. Baranger encontramos la confrontación de distintos marcos teóricos. Si en el primero aparece como trasfondo el diálogo del pensamiento de Freud con Klein, en el pensamiento de W. y M. Baranger se introduce además la confrontación del pensamiento de Klein con el de Lacan.

En el análisis realizado notamos como los cambios en la concepción de la contratransferencia van modificando el foco del analista en relación a los hechos clínicos.

En ocasiones estas modificaciones parecen incluir aportes anteriores que no se hacen explícitos. Es el caso, por ejemplo, del trabajo sobre la agresividad del paciente y analista. Si en los desarrollos de Racker este aspecto es un punto central, en los trabajos de los Baranger este punto no se jerarquiza tan marcadamente. Sin embargo, parece darse por supuesta su importancia en la constitución del baluarte, como lo dejan entrever los diferentes ejemplos clínicos.

Los trabajos de M. y W. Baranger muestran cómo la incorporación de nuevas ideas los lleva a repensar su experiencia clínica. Sin embargo, mantienen las divergencias entre las distintas aproximaciones. Estas divergencias se hacen más evidentes en torno a la noción de contratransferencia. En efecto, la noción de contratransferencia implícita en la idea de baluarte no es asimilable sin forzamientos, a las nociones de Lacan sobre la transferencia simbólica e imaginaria del analista. Además de que son nociones que se insertan en marcos referenciales diferentes, incluyen hipótesis de distinto nivel de abstracción (Lieberman 1970). Las nociones de Lacan suponen una hipótesis metapsicológica de alto grado de abstracción, el concepto de baluarte, en cambio, busca describir las variaciones en los modos inconscientes de comunicación establecidos entre paciente y analista durante el proceso de análisis; en este sentido es que está mucho más próxima a la descripción de la experiencia clínica. Esto mismo resulta válido para las nociones de contratransferencia concordante y complementaria de Racker.

Pero en mi opinión la diferencia más significativa entre las dos perspectivas proviene de que Lacan lleva más lejos la idea de Freud de considerar la contratransferencia como un punto ciego en el analista. En la visión de Lacan la contratransferencia resulta un camino equivocado para el analista, que opera como pantalla engañosa en el contacto con el paciente. En cambio, tanto Racker como W. y Baranger mantienen la idea de que la contratransferencia es un instrumento que, aunque problemático, resulta valioso en la comunicación con el paciente, conduciendo a la comprensión de aspectos centrales de su conflictiva inconsciente. Sin embargo, queda por desarrollar aún una confrontación sistemática que estudie las distintas implicancias técnicas de ambos enfoques.

## Referencias bibliográficas

ACEVEDO DE MENDILAHARU, S. (1995): Subjetividad y tiempo en el espacio analítico. En: Lo arcaico, temporalidad e historización: 61-70. (IX Jornadas Psicoanalíticas de APU). Com. Public, de APU.

ÁLVAREZ DE TOLEDO, L. (1954): El análisis del “asociar”, del “interpretar” y de las “palabras”. Rev.de Psic., Tomo XI, ns 111:269-275. [También publicado como: The analysis of ‘associating’, ‘interpreting’ and ‘words’. Int. J. of Psycho-Anal. v. 77, Part 2 (1996): 291-318.

BARANGER, M. (1992): La mente del analista: de la escucha a la interpretación. Revista de Psicoanálisis, 49: 223-236. [También publicado como: Baranger, M. (1993), The Mind of the Analyst: From Listening to Interpretation. Int. J. Psycho-Anal., 74:15-24.]

BARANGER, M.; BARANGER, W. (1961-62): La situación analítica como campo dinámico. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, T. IV, N° 1, 1961-62: 3-54.

\_\_\_\_\_ (1969): Problemas del campo psicoanalítico. Buenos Aires: Ed. Kargieman.

BARANGER, M.; BARANGER, W; MOM, J. (1982): Proceso y no proceso en el trabajo analítico. Revista de Psicoanálisis, vol. 39: 527-549. [También publicado como: Process and Non-Process in Analytic Work. Int. J. Psycho-Anal., 64:1-15 (1983).]

BARANGER, W. (1976): Comentario de los seminarios y conferencias de Serge Leclair. Revista Argentina de Psicoanálisis, t. XXXIII, n. 4: 749-765.

\_\_\_\_\_ (1979): “Proceso en espiral” y “Campo dinámico”. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 59: 17-32.

BERNARDI, R; ALTMANN, M.; Cavagnaro, S.; De León, B.; De Barbieri, A.; Garbarino, A.; Flores, M.; Frioni, M.; Lamónaca, J.; Morató, R.; Seigal, J.; Schroeder, D.; Telleria, E. (1997): Cambios de la interpretación en el psicoanálisis del Uruguay entre 1960 y 1990. Revista Uruguaya de Psicoanálisis 1997; 84/85: 89-102.

BION, W.R. (1952): Group dynamics: a review. Int. J. Psycho-Anal. 33: 235-247.

BLEGER, J. (1967): Simbiosis y ambigüedad. Buenos Aires: Ed. Paidós.

DE LEÓN, B. (1996): Problemas del campo de la transferencia-contratransferencia: perspectiva actual y vigencia de nuestras raíces. (Relato oficial al XXI Congreso de FEPAL.) Revista Uruguaya de Psicoanálisis 84/85 (1997): 179-199.

DE LEÓN DE BERNARDI, B.; FRIONI DE ORTEGA, F.; GÓMEZ DE SPRECHMANN, M.; BERNARDI, R.: (1998): Cambios en la frecuencia del uso de la noción de contratransferencia, y su relación con los cambios en las teorías dominantes. (Trabajo presentado al 4º Encuentro del Capítulo Sudamericano de la Society for Pshychotherapy Research (SPR): “Investigación Empírica en Psicoterapia”. Montevideo, 25 al 27 de setiembre de 1998.)

DE LEÓN, B (1999): “Un modo de pensar la clínica: vigencia y perspectivas del enfoque de W. y M. Baranger”. En Volviendo a pensar con Willy y Madeleine Baranger. Nuevos desarrollos. Luis Kanciper (compilador). Ed. Lumen, Bs. As. 1999.

ETCHEGOYEN, R. H. (1986): Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Amorrortu Ed.

\_\_\_\_\_ (1993): Psychoanalysis today and tomorrow. Int. J. Psycho-Anal. 74: 1109-1115.

FREUD, S. (1912): Papers on technique. S.E. 12.

\_\_\_\_\_ (1916): Analytic Therapy. S. E. 16.

\_\_\_\_\_ (1937): Constructions in analysis. S.E. 23.

GRINBERG, L. (1956): Sobre algunos problemas de técnica psicoanalítica determinados por la identificación y contraidentificación proyectivas. Revista de Psicoanálisis, T. IV, Nº 1.

HEIMANN, P. (1950): On countertransference. Int. J. Psycho-Anal. 31: 81-4. [También publicado en: Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 4, 1961-62: 137-49.]

HERRMANN, F. (1987): Características de la producción psicoanalítica latinoamericana. Correio da Fepal, s/d.

ISAACS, I. (1948): The nature and function of phantasy. Int. J. Psycho-Anal. 29 (1948): 73-97.

KLEIN, M. (1961): Narrative of a child analysis. London: Hogarth.

\_\_\_\_\_ (1946) Notes on some schizoid mechanisms. En: Envy and Gratitude and Other Works. London: Hogarth, 1975: 1-24.

\_\_\_\_\_ (1948): On the theory of anxiety and guilt En: Developments in Psychoanalysis London: Hogarth: 271-291.

- KOOLHAAS, G. (1971-72): ¿Quién es el Otro? Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 4: 349-384.
- KUTTER, P. ed. (1995): Psychoanalysis International. A guide to psychoanalysis throughout the world.. Volume 2: America, Asia, Australia, Further European Countries. Stuttgart: Frommann-Holzboog.
- LACAN, J. (1948): La agresividad en psicoanálisis. Informe teórico presentado en el XI Congreso de los psicoanalistas de lengua francesa, reunido en Bruselas a mediados de mayo de 1948. En: Escritos II. México: Siglo Veintiuno Editores, 1975.
- \_\_\_\_\_ (1949): El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En: Escritos I: 11-20. Ed. Siglo XXI, 1972.
- \_\_\_\_\_ (1951): Intervención sobre la transferencia. En: Escritos I: 37-48. México: Ed. Siglo XXI, 1972.
- \_\_\_\_\_ (1954): Le séminaire. Livre I : Les écrits techniques de Freud: 95-10. Éditions du Seuil, 1975.
- \_\_\_\_\_ (1958): La dirección de la cura y los principios de su poder. En Escritos I, 217-278. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.
- \_\_\_\_\_ (1964): Le Séminaire. Livre XI: Le quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse. París: Ed. du Seuil, 1973.
- LIBERMAN, D. (1970): Lingüística, Interacción Comunicativa y Proceso Psicoanalítico. Bs. As: Galerna, 1971.
- \_\_\_\_\_ (1976): Lenguaje y técnica psicoanalítica. Bs. As: Kargieman.
- \_\_\_\_\_ (1978): El diálogo psicoanalítico y la complementariedad estilística entre analizando y analista. Rev. Urug. Psicoanálisis, 58 : 37-48 (International Journal of Psychoanalytic Psychotherapy, 8).
- MERLEAU-PONTY, M. (1945): La phénoménologie de la perception. Paris: N.R.F., Gallimard.
- OGDEN, TH. (1994): Subjects of analysis. London: Jason Aronson.
- PICHON-RIVIÈRE, E. (1958) Referential schema and dialectical process in spiral as basis to a problem of the past. Int. J. Psychoanal. 39 294 (abstract).

\_\_\_\_\_ (1985): El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (1). Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1988.

RACKER, H (1948): La neurosis de contratransferencia. (Trabajo presentado en la Asociación Psicoanalítica Argentina en setiembre de 1948). En: Racker, H. (1977): Estudios sobre técnica psicoanalítica. Bs. Aires: Ed. Paidós: 182-221. (También publicado en Int. J. Psycho-Anal., 34: A Contribution to the Problem of Countertransference.)

\_\_\_\_\_ (1953): Los significados y usos de la contratransferencia. En: Racker, H. (1977): Estudios sobre técnica psicoanalítica. Buenos Aires, Ed. Paidós: 222-295. (Trabajo presentando en: Asoc. Psicoanalítica Argentina, mayo 1953, publicado como: The Meanings and Uses of Countertransference. Psychoanalytic Quarterly, 26:303-357, 1957.)

\_\_\_\_\_ (1956): Técnica analítica y el masoquismo inconsciente en el analista. En: Racker, H. (1977): Estudios sobre técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Ed. Paidós: 296-305. [Trabajo presentado en el Ier. Congreso Psicoanalítico Latinoamericano; Bs. Aires, 1956. Publicado en Psychoanalytic Quarterly, vol. 27, 1958.]

\_\_\_\_\_ (1958): Sobre técnica clásica y técnicas actuales del psicoanálisis. (Relato oficial al 2º Congreso Psicoanalítico Latinoamericano, San Pablo, Brasil, 1958.) . En: Racker, H. (1977): Estudios sobre técnica psicoanalítica. Bs. Aires: Ed. Paidós: 41-110.

REICH, W. (1933); Análisis del carácter. Buenos Aires: Paidós, 1957.

SCHKOLNIK, F. (1987): Características de la producción psicoanalítica latinoamericana. Correio da FEPAL s/d: 63-69.

VEZZETTI, H. (1998): Enrique Pichon-Rivière: el psicoanálisis y la psicología social. [Trabajo presentado al I Coloquio de Historia da Psicanálise do Programa de Estudos Pos-Graduados em Psicologia Clínica da PUC/SP. San Pablo, Brasil, 22 al 24 de octubre de 1998.]